

4

LAS FUENTES DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD: I. LA PALABRA DE DIOS

Los últimos cinco números del Ideario están dedicados las fuentes de nuestra espiritualidad. El primero de ellos, número 36, es introductorio y se limita a enumerar las cuatro fuentes que alimentan y desarrollan nuestra espiritualidad. Siguen a este número otros cuatro dedicados cada uno de ellos a una de las fuentes de nuestra espiritualidad. Son de tal importancia que con frecuencia se ha identificado la espiritualidad con ellas. Ya sabemos que, además de fuentes, son también puntos de encuentro con Dios y, por tanto, momentos fuertes de espiritualidad. Pero la vida según el Espíritu es más amplia que estas cuatro fuentes de las que nos habla el Ideario.

Por la extensión del comentario que voy a hacer a cada una de las fuentes de nuestra espiritualidad, dedicaré un capítulo a cada una de ellas, comenzando por la Palabra de Dios.

36 *Nuestra vida espiritual se alimenta, se expresa y desarrolla con la Palabra de Dios, la alabanza litúrgica, la oración y los sacramentos, sobre todo la eucaristía y el sacramento de los hermanos.*

37 *La Palabra de Dios es la fuente primaria de nuestra espiritualidad. Nos descubre el plan de salvación de Dios y nos fortalece en la construcción del Reino. Aceptada con docilidad, nos exige un constante cambio de vida para cumplir la voluntad del Padre y seguir a Jesucristo.*

Aunque el número 37 del Ideario es muy breve, voy a dedicarle un largo comentario por la importancia que tiene para nosotros la Palabra de Dios y con la intención de que esta reflexión pueda servir como ayuda para la formación.

1. La Palabra de Dios como fuente de espiritualidad.

Juan Pablo II dice que “la Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana. Ella alimenta una relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvífica y santificadora” (VC 94). Nuestro Ideario ya lo había dicho, casi con las mismas palabras, doce años antes, al afirmar que “la Palabra de Dios es la fuente primaria de nuestra espiritualidad”. Y lo es porque el hecho de acoger la Palabra de Dios para llevarla a la práctica nos hace discípulos de Jesús y, como él mismo dice, nos hace miembros de su nueva familia: “mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8, 21).

Es “la fuente primaria”, no sólo por la importancia que la Palabra tiene en sí misma, sino porque es el primer paso en el camino de la espiritualidad, porque ella suscita la fe en nosotros (Rm 10,14), sin la cual no es posible la experiencia de Dios ni el seguimiento de Jesús, esencia de nuestra espiritualidad.

También en otros lugares el Ideario destaca la importancia que tiene para el seglar claretiano la Palabra de Dios, por ejemplo, cuando dice que “la Palabra es protagonista en nuestro espíritu de

familia: escuchada y acogida, nos evangeliza; anunciada a los demás con la garantía del testimonio, los lleva al encuentro con la Palabra hecha carne” (nº 20).

2. ¿Dónde encontramos la Palabra de Dios?

La Palabra o revelación de Dios no la encontramos sólo en la Biblia. Dios habla y se revela en la creación, en la vida y en la historia de Israel y de todos pueblos. Podemos decir que encontramos la Palabra ante todo en la presencia y en las intervenciones de Dios en la realidad, en la vida y en la historia. La Palabra de Dios escrita, la Biblia, nace de la Palabra expresada en la vida. Podemos afirmar que el Antiguo Testamento nació de la reflexión del pueblo creyente de Israel sobre la creación y sobre las intervenciones de Dios en su propia historia y que el Nuevo Testamento nació de la reflexión de la comunidad cristiana sobre la Persona, las palabras, la vida, la pasión, muerte y Resurrección de Jesucristo y sobre las intervenciones de Dios y su Espíritu en el caminar de la primitiva comunidad de seguidores de Jesús. El primer libro de la revelación de Dios es la vida del cosmos, de los pueblos, de Jesús de Nazaret y el segundo libro la Biblia

De aquí se deducen dos cosas:

- a) La Palabra de Dios escrita, la Biblia, para que cobre vida y adquiera resonancia hay que leerla en la caja de resonancia de la realidad en que nació y de la realidad en que vivimos hoy.
- b) Igual que a Israel, Dios nos habla hoy desde la realidad de la vida y de la historia. Dios sigue hablando en las voces de este mundo. El silencio de los que no tienen voz es a veces la palabra más clara de Dios. Desde esa realidad, hambrienta de justicia y de fraternidad, nos impulsa a buscar en la Biblia la luz que nos ilumine y nos dé fuerza para enfrentarla y transformarla.

Fue un pueblo insignificante, Israel, el que mejor leyó las intervenciones de Dios en su historia. Nosotros, si queremos descubrir lo que Dios nos dice hoy a través de la Biblia, tenemos que leerla con los ojos del pueblo sencillo, en cuyas pupilas se concentran, como lente clarificadora, las situaciones de marginación que sufre, sus problemas, sus esperanzas, sus luchas y sus caminos de liberación. Sólo así nos llegará potente y nítida la palabra de Dios, que resuena al unísono en el texto bíblico leído desde la realidad y en la realidad leída desde el texto.

Un documento claretiano nos invita con mucho acierto a escuchar “la Palabra de Dios en la oración personal, en los acontecimientos de la historia, en las culturas y en la vida de los pueblos, en sus silencios y en sus clamores”⁴³.

3. Leer la Biblia desde la realidad y la realidad desde la Biblia.

La Biblia ha nacido de la realidad, es decir, de la experiencia de las intervenciones de Dios en la historia de un pueblo pobre y casi siempre sometido a la opresión de las grandes potencias extranjeras. Como acabamos de indicar, para que la Biblia resuene como Palabra de Dios hoy para nosotros, tenemos que leerla desde la realidad en que nació y desde la realidad en que vivimos ahora, especialmente desde la realidad de los pobres, cuyos gritos, oídos por Dios (cf. Ex 3, 7-9), están en el origen de sus intervenciones en la historia de Israel y, por tanto, en el origen de la Biblia. Por eso dice J. I. González Faus que Dios se comenzó a revelar al pueblo de Israel en un conflicto laboral.

⁴³ CMF. XXI Capítulo General (1991), *Servidores de la Palabra*, nº 16,1

Si nos acercamos a la Biblia, impactados por el grito de los pobres, seremos capaces de leerla, no como historia del pasado, sino como espejo que refleja lo que sucede hoy en la vida de nuestro pueblo. La historia de liberación que es la Biblia, ilumina el camino y los múltiples éxodos que están aconteciendo hoy en el mundo y a nuestro lado, como la avalancha de emigrantes de los países pobres hacia los países desarrollados.

La palabra de Dios, así leída, no envejece nunca, es siempre de actualidad y se convierte para nosotros en una interpelación que puede hacer cambiar radicalmente nuestra vida. Todo depende de la acogida que le prestemos.

El salmo 95 nos dice: "Vosotros podéis oír hoy su voz". Para oír hoy la voz de Dios hay que leer la Biblia a la luz del libro abierto de la realidad y de la historia de nuestros pueblos y, simultáneamente, hay que leer la historia y la realidad a la luz de la Biblia. Ambos modos de palabra historicada se complementan y se convierten en una sola voz del único Dios.

Cuando unimos las palabras bíblicas que expresaron en otro tiempo las intervenciones de Dios en la vida de su pueblo con las intervenciones de Dios hoy en la vida y la historia de nuestros pueblos, especialmente de los pueblos creyentes, pobres y oprimidos, como fue el de Israel, esas palabras cobran vida, actualidad, y se convierten en la voz de Dios hoy para nosotros.

El texto de la Biblia y la realidad del pueblo son dos cauces por los que nos llega simultáneamente y al unísono, la palabra de Dios. Ambos cauces se iluminan y se refuerzan mutuamente: la Biblia nos ayuda a descubrir, asumir y celebrar la Palabra y la acción de Dios que acontecen hoy en la vida de los pueblos. Y la realidad del pueblo nos ayuda a descubrir el mensaje que Dios nos envía hoy a través de la Biblia. Sólo así, como dice, el Ideario, la Biblia "nos descubre el plan de salvación de Dios" (nº 37)

Una lectura de la Biblia en silencio absoluto, en circuito cerrado con el libro, sin dar lugar a ninguna interferencia de los problemas de la realidad que nos rodea, corre el riesgo de no oír la voz de Dios, sino sólo nuestra propia voz.

4. Leer la Biblia desde Cristo, que es la Palabra Encarnada.

Hemos de leer la palabra de Dios historicada (la Biblia) desde y en comunión con la Palabra de Dios encarnada (Jesucristo), en quien Dios ha hablado y se ha revelado plena y definitivamente (Hbr 1,2). El es la clave de interpretación de todas las otras palabras de Dios. El es la Palabra y las demás palabras de Dios son explicitaciones parciales de quien es personalmente la Verdad plena.

Como dice el prólogo del evangelio de Juan, Jesús es la Palabra encarnada (Jn 1, 14). En él concentro Dios todas las palabra que venía brindando a los hombres y mujeres desde hacía muchos siglos en forma de acontecimientos y de tradiciones orales y escritas. Jesucristo en persona es la mayor intervención salvadora de Dios en la historia y la más clara expresión de quién es Dios y cuáles son sus planes.

El autor de la carta a los Hebreos, muy consciente de ello, comienza su escrito diciendo: "De manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo"(Hbr 1,1-2). Jesucristo es la plena manifestación de Dios y, por tanto, la Palabra de Dios más clara y completa. En Jesús de Nazaret queda condensada toda la revelación de Dios a lo largo de la historia de Israel. Jesús de Nazaret, toda su Persona y su vida son transparencia de Dios. El es su vivo retrato. Por eso le dice a

Felipe: "quien me ha visto a mí ha visto al Padre" (Jn 14,9). La manifestación más grande de la Palabra de Dios no es la Biblia, sino Cristo, que es la Palabra en persona, la Palabra hecha carne. Nuestra vida espiritual se alimenta, ante todo, de la contemplación amorosa de esta Palabra.

Es muy significativo un detalle simbólico que recoge el evangelio de Mt: cuando muere Jesús, "en ese mismo instante el velo del Templo se rasgó en dos partes, de arriba abajo"(Mt 27,51). Ese velo ocultaba a la mirada de la gente la parte del Templo de Jerusalén en la que se suponía que era más viva la presencia de Dios. La muerte de Cristo lo rompe porque en Cristo muerto y Resucitado la presencia de Dios se nos desvela y se nos manifiesta en plenitud como el Dios-amor, el Dios que ha amado tanto al mundo que le entregó a su propio Hijo (Jn 3,16). Ese velo se rompe por inútil y pernicioso: ya no hay nada que ocultar de Dios, El se nos ha manifestado de manera deslumbrante en Cristo.

A primera vista, el Antiguo Testamento, puede parecer un caótico bosque de historias, mitos, leyes y profecías, a veces contradictorias, cuya unidad y cuyo sentido no somos capaces de descubrir. Cristo mismo, su vida y su palabra, es la llave que nos abre las puertas y nos permite ver la unidad y el sentido del AT. "La verdad de las Escrituras para el cristiano es Jesucristo, que se presentó a sí mismo como el camino, la verdad y la vida, y que vine a vivificar todos los textos del pasado. Legítimamente el cristiano, a partir de ese desenlace del libro que es la persona de Jesús, puede releer toda la obra comenzando por el final" (A. Marchadour).

El Señor Resucitado es la luz penetrante que permite a nuestros ojos ver con claridad las riquezas que están encerradas en el Antiguo Testamento. "Entonces les abrió la mente para que lograran entender las Escrituras" (Lc 24, 45).

Cristo es la meta del largo camino del AT. y el hilo conductor que le da unidad y sentido. Efectivamente, toda la historia de Israel y el AT que la recoge tienden hacia Cristo y en El encuentran su plenitud. Toda la revelación del AT tiende a Cristo y toda la del NT dimana de El.

Por todo ello, hay que leer la Biblia a la luz que mana de la Persona, de la vida, las actitudes y el mensaje de Jesús. Lo que sea contrario a ello no puede ser palabra de Dios. Será envoltorio humano dentro del cual hay que buscar la Palabra de Dios, porque no podemos olvidar que la Palabra de Dios viene envuelta en palabra humana.

5. La Palabra nos invita e impulsa a la conversión y al seguimiento de Jesús.

La Palabra de Dios nos invita siempre a la conversión, a salir de nosotros mismos y de nuestros intereses para centrar nuestra vida en el cumplimiento de la voluntad de Dios y en el seguimiento de Jesús. Como dice nuestro Ideario: "nos exige un constante cambio de vida" (nº 37)

Al leer la Biblia hemos de tomar la misma actitud que el pequeño Samuel cuando Dios lo llamaba por su nombre y decirle: "Habla, Señor, que tu siervo escucha"(1Sam 3,10).

El verdadero seguidor de Jesús es el que escucha la Palabra y la pone en practica, como dijo él mismo: "Felices sobre todo los que escuchan la Palabra de Dios y la practica" (Lc 11,28). La Palabra de Dios leída desde la realidad se convierte en una interpelación que puede hacer cambiar radicalmente nuestra vida. Y el cambio que la Palabra produce en nosotros depende, en gran medida, de la acogida que le demos, como nos enseña Jesús en la parábola del sembrador (cf Mt 13, 1-23).

Los evangelios han de ocupar un lugar central en nuestra lectura de la Biblia. Ellos "son la Palabra de Dios en el sentido más denso, puesto que ahí se recogen palabras y actitudes de la persona misma de Dios... Más aún, su proclamación o lectura son un verdadero sacramento de la presencia del Espíritu de Jesús en nosotros; leer los evangelios con actitud de discípulos es encontrarse con Jesús. Junto con la eucaristía, constituye la experiencia de Jesús más intensa de la vida cristiana"⁴⁴.

El objetivo primero de la lectura de los evangelios no es conocer lo que Jesús dijo o enseñó, sino conocer su persona y entrar en comunión con él. Podemos comparar la lectura de los evangelios con la lectura de la carta de una persona querida y la de un libro. En la lectura del libro, lo más importante para nosotros son las ideas que nos transmite, no la persona del que lo escribió. En la lectura de la carta de un amigo, lo importante es la persona que la escribe, no en vano, cuando recibimos una carta, lo primero que hacemos es mirar el remite. La carta nos hace presente al amigo, nos hace experimentar su cariño. Por eso en la carta no leemos solo ni en primer lugar las ideas, leemos el cariño, entramos en comunión con la persona.

El evangelio hay que leerlo como una carta de una persona querida: para entrar en comunión con Jesucristo. Federico Carrasquilla, en un artículo policopiado dice: "No estudio el Evangelio como estudio el marxismo, por ejemplo. El marxismo lo puedo estudiar muchísimo, porque a mí me interesa lo que dice Marx, pero amar y entrar en comunión con la persona de Marx, no me interesa". Y añade: "Yo no estudio el Evangelio sólo para ver a Jesús y decir: ¡fabuloso!, ¡muy interesante!... Yo estudio el evangelio para entrar en comunión con la Persona de Jesús. El estudio del evangelio me ayuda a conocer lo que hizo y dijo Jesús, cuestiona mi vida, me ayuda a entrar en comunión con él y me impulsa a seguir sus pasos".

Ya en siglo IV San Jerónimo decía que "la Palabra de Dios es esa carne y sangre de Cristo que entra en nosotros a través de la escucha"⁴⁵. Aquí, Igual que en la eucaristía, la carne, es la persona misma de Jesús y la sangre es su vida entera. El discurso del pan de vida que recoge Jn 6 y en el que Jesús habla de comer su carne y beber su sangre, unas veces se refiere a la Palabra y otras a la eucaristía. La Palabra es fuente de espiritualidad porque "el que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él" (Jn 6,56)

Jesús es un amigo increíblemente cercano e insospechadamente peligroso. Si entramos en su órbita nos lleva por caminos de locura. A él lo tomaron por loco porque iba contracorriente en la vida. Hasta sus familiares pensaron que había perdido la cabeza, por el modo de vida tan extraño que llevaba y por lo que decía. Hablaba de negarse a sí mismo, de venderlo todo y darlo a los pobres, de gastar la vida por los demás, de perdonar sin límites, de amar a los pobres, a los enfermos a los extranjeros y a los enemigos. ¡De locura!. Jesús es un amigo peligroso, porque nos convence de que en las condiciones de este mundo no se le puede seguir sin cruz, es decir, no podemos amar a Dios y los hermanos sin la renuncia permanente a las satisfacciones a las que nuestro egoísmo nos empuja. La palabra evangélica es fuente de seguimiento porque nos contagia la locura de Jesús. Como dice nuestro Ideario en el número que estamos comentando, la Palabra de Dios, "aceptada con docilidad, nos exige seguir a Jesucristo" (nº 37)

6. Leer la Biblia en comunión con el Espíritu.

El mismo Espíritu que actuaba en el pueblo creyente del que surgió la Biblia, el mismo Espíritu que asistió a los escritores sagrados a la hora de redactar sus libros, ese mismo Espíritu está

⁴⁴ S. Galilea, *El camino de la espiritualidad*, p. 74

⁴⁵ PL 26, 1334

hoy en nosotros y en nuestras comunidades y nos ayuda a entender la Biblia, conforme a la promesa de Jesús: "Cuando venga el Espíritu de la verdad los llevará hasta la verdad plena" (Jn 16,13). Por eso el Vaticano II nos dice que "la Biblia se ha de leer con el mismo Espíritu con que fue escrita" (DV 12).

El Espíritu Santo es quien nos abre los ojos para comprender la Palabra. "El restituye incesantemente a la palabra de Jesús su novedad y su fuerza contundente. Crea en nosotros un corazón nuevo para que la acojamos, la meditemos y la interioricemos. Nos ayuda a descubrir sus inagotables riquezas, hasta entonces inadvertidas para nosotros"⁴⁶. Sin la acción del Espíritu, el Evangelio sería para nosotros letra muerta. La acción conjunta del Espíritu y de la realidad la vuelven actual.

"El Espíritu no tiene otro mensaje diferente al de Jesús. Él enseña y recuerda lo que Jesús ha dicho a sus discípulos (Jn 14,26); pero lo hace dinamizando y actualizando su palabra y su vida. Ese mensaje y esa actualización de Jesús que escuchamos desde el exterior, fijados en los escritos evangélicos, nos penetran interiormente, nos purifican y recrean gracias a la acción del Espíritu que ha sido derramado en nuestros corazones. El Espíritu rescata a Cristo del pasado y actualiza su Palabra para que no se fosilice, sino que vivifique permanentemente la historia; por su parte, la Palabra y la actuación concreta de Cristo salvaguardan al Espíritu para que éste no sea una fuerza difusa e indeterminada, y sepamos de qué Espíritu estamos hablando"⁴⁷.

Por eso, la lectura de la Biblia, tanto en público como en privado, ha de hacerse en comunión con el Espíritu, reafirmando nuestra fe en él y en el rol que desempeña en la Iglesia, pidiéndole que sea el pedagogo que nos lleve a la verdad plena y a la praxis verdadera.

7. La Palabra de Dios pide tiempo

Nuestro Fundador, San Antonio María Claret, a pesar de que vivió en un período histórico de olvido y marginación de la Biblia, leía diariamente un capítulo del Antiguo y otro del Nuevo Testamento. Podemos aceptar como dirigida a nosotros la invitación que hace un documento de otra rama de la familia claretiana, "practiquemos diariamente la escucha de la Palabra de Dios en la lectura de la Biblia, al estilo de nuestro Padre Fundador, y hagamos del estudio bíblico una de nuestras preocupaciones centrales"⁴⁸.

Si queremos que la Palabra de Dios sea realmente fuente de espiritualidad, hemos de abrirle cauces, dedicarle tiempo y prestarle la mayor atención posible. Donde la Palabra recobra plenamente su vida, su fuerza y su actualidad es en las celebraciones litúrgicas y en la lectura hecha en el seno de la pequeña comunidad eclesial a la que pertenecemos, porque donde están reunidos dos o más en su nombre, allí está Jesús en medio de ellos (Mt 18,20) proclamando de nuevo su Palabra.

⁴⁶ A. Fermet, *El Espíritu Santo en nuestra vida*, Santander 1984, op. 78

⁴⁷ J.A. Pagola, *Fidelidad al Espíritu en situación de conflicto*, 1995, p. 20-21

⁴⁸ CMF, XXI Capítulo General, *Servidores de la Palabra*, n° 14

Para el diálogo

- a) *¿Cuál es el libro primero y cuál es el segundo de la revelación de Dios?*
- b) *¿Cómo hay que leer la Biblia para escuchar hoy la voz de Dios?*
- c) *¿Porqué hay que leer la Biblia desde Cristo?*
- d) *¿La leo en la caja de resonancia de la realidad o me aílo cerrando los ojos y los oídos al clamor de los pobres?*
- e) *¿Qué lugar y qué tiempo ocupa la Palabra de Dios en la vida y en las reuniones de nuestra comunidad de seglares claretianos?*